



# NEBLINA

Armin Alfonso Soler

Ilustración de Pablo Lara

## Neblina

Armin Alfonso Soler

Ilustraciones: Pablo Lara

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador  
@maratondelcuento  
www.maratondelcuento.com  
096 221 0303  
girandula2013@gmail.com



Los pájaros del bosque saben que los árboles cobijan sus nidos. Los árboles saben que, bajo sus profundos pies, el agua de beber es clara. El agua sabe que las montañas colectan nubes para alimentar sus fuentes. Las montañas, majestuosas y ancestrales, saben que los pájaros esparcen sobre ellas las semillas de la vida... Los hombres y mujeres de la comunidad saben, desde hace siglos, que la vida es balance y equilibrio.

La primera vez que míster Thomas se tomó una taza de chocolate al pie de un yagrumo, pensó en lo delicioso que iba a ser trabajar en esos parajes. La

vegetación generosa lo mantuvo fresco todo el día. Capturó con sus manos un pez que le sirvió de almuerzo. Las mariposas coquetas lo enamoraron... El hijo de míster Thomas, de apenas cuatro años, podía correr libre detrás de los colibríes por el pueblo asentado en la ladera de la montaña.

—No entiendo por qué siembran solo esas parcelas pequeñas, si todo el terreno es fértil —insistía Thomas.

—Tenemos lo necesario —le decían los campesinos.

Míster Thomas era un hombre de concreto. Pasada la impresión inicial, desdobló sobre la mesa de la chocolatería un pliego mayor que la tabla.

—Por aquí irá la carretera —dijo, señalando con el índice hacia el yagrumo.

—No necesitamos una carretera nueva —replicaron los campesinos—. Nos movemos bien por los caminos y por la vía a la Costa.

—Oh, no es para ustedes —respondió Thomas—, es para las máquinas.

Los comuneros movieron sus pies, enterrándolos un poco en la arcilla. Sus brazos eran juncos que se estrechaban formando una muralla.

—¿Qué máquinas son esas? —preguntaron recelosos.

—Máquinas para escarbar la montaña.



Todos los pájaros alzaron vuelo, sonando sus alas. Las mariposas mimetizaron sus colores con las bromelias y las ranas croaron en decenas de lenguas. A lo lejos se escucharon aullidos.

La neblina comenzó a ascender desde los suelos húmedos y a bajar desde las cumbres.

Un armadillo tropezó, aturdido, con los pies del hijo de míster Thomas. El niño lo tomó entre sus brazos y se lo llevó, sigiloso, al asiento trasero del Blazer que conducía su padre.

De regreso hacia Quito la visibilidad era nula. Faros cortos, intermitentes, incluso una baliza policial: nada impedía que la bruma cegara los autos.

Por fin, a media tarde, pudieron ver el cerro La Marca y llegar a la Mitad del Mundo. Sobre la parrilla del techo ondeaban dos hojas de yagrumo. Thomas las hizo disecar, barnizar, enmarcar y colgar en una pared de su departamento.

Una semana después, estaba de regreso con las máquinas. Llevaba, como siempre, a su hijo, porque no le agradaba dejarlo con extraños. El armadillo estaba sano.

Aunque míster Thomas había estudiado geología muy lejos, tenía experiencia en proyectos de excavación en el subtrópico. Llevaba documentos con muchos sellos y firmas «autorizadas», contratos y facturas. Las cuchillas de los

equipos estaban afiladas. Las motosierras, listas para despejar el camino. La fila de volquetas y excavadoras ralentizaba el tráfico de la vía a la Costa. Dos vehículos con guardias armados encabezaban el convoy.

Pero esta vez míster Thomas luchaba contra una fuerza mayor, intangible e inabarcable: la neblina no le permitiría avanzar hacia los cerros. Lo supo en su visita anterior y regresó preparado.

—La neblina se disipa con calor —dijo, y le prendió fuego a la primera montaña.

Los hombres y mujeres de la comunidad, árboles plantados en las laderas, fueron removidos por los guardias.



Frente al muro blanco de la neblina se alzó otro muro encarnado de cenizas. La batalla era feroz: el aire ardiente embestía, el vaho denso ripostaba. Antes no se podía ver, ahora, tampoco respirar.

Los arroyos ofrecían resistencia insuficiente contra el fuego y sus aliados. Los pájaros escapaban con las alas chamuscadas. Las mariposas se confundían con las chispas. El croar de las ranas invitaba a huir. Huyó el armadillo que había visitado la ciudad y, detrás de él, por no perder su juguete nuevo, corrió el hijo de mister Thomas.

Los hombres de concreto también sienten amor, aunque no lo lleven a flor de piel. A veces la vida escarba y



los erosiona, dejando al descubierto la capa de tierra vegetal debajo del asfalto. Pero parar un fuego no es tan sencillo como iniciarlo.

Los guardias empezaron la cadena humana desde el río. La comunidad la alargó con sus baldes y sus cantinas lecheras. El agua enturbiada quería ayudar. Las excavadoras arrastraron tierra



y cenizas para crear líneas de contención. Pero el humo que surgía de la resistencia de las llamas era demasiado violento.

Míster Thomas, desesperado, no podía ver más allá de su dedo índice. Los ojos le ardían por el calor de afuera y por el que le salía de adentro. Corría febril, creyendo intuir el sendero que había tomado su pequeño. Avanzaba delirante por donde las llamas aún no habían invadido.

Llegó de pronto frente al yagrumo, sus hojas destilaban savia. A su lado se erguía un oso andino. Al pie, tendido en el suelo, el cuerpecito tembloroso del hijo de míster Thomas. Otro oso lo olisqueaba. ¡Cuánta rabia! ¡Cuánto

miedo! Su niño había sabido escapar del fuego, pero...

—Mis hijos no le harán daño al tuyo.

Una mujer añosa de ojos grises y cabellos intrincados lo miraba fijamente. Levantaba una mano con la palma abierta. Sonrió a los osos, suspiró y se elevó sobre de las ramas del yagrumo. Sus cabellos se fueron tornando voluminosos hasta perderse por encima de la batalla de los vapores.

Entonces comenzó a llover.

\*\*\*

En el informe, míster Thomas dejó por sentado, para futuros inversionistas, que era mala idea escarbar estos cerros. No habló de los pájaros que crían a sus hijos en los árboles, ni del agua clara que nutre las raíces, ni de las montañas colectoras de manantiales... No mencionó la neblina que protege los bosques, ni el equilibrio. Anotó simplemente, en grandes caracteres rojos, los millones que tuvo de pérdida. Su piel de tierra, antes recubierta de asfalto, sabía bien que ese era el único tipo de balance que entendían los hombres de concreto.





Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA  
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

1988

# XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD  
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito  
GOBIERNO AUTÓNOMO

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA  
ECUATORIANA  
DEL LIBRO